

Que es un soplo la vida...

Cecilia Dondo Bühler

Durante la pausa con buffet vi que Elisa me había mandado un mensaje muy cariñoso en el que me invitaba el martes siguiente a una muestra de su Schule^[1] en la que los chicos presentaban la obra reinterpretada de distintos artistas.

Sentí que esa vocecita clara que me hablaba con naturalidad en suizo alemán, de esa nena que es hija de Juan y que sabe de mi pasión por el arte, es una instantánea precisa de mi actualidad: la síntesis perfecta de mi viaje interno -y externo- una metáfora acabada de la travesía que hice en los últimos veinte años.

¿Cómo explicar todo, cómo transmitir tanto? ¿Cómo, si aunque el más famoso tango de Gardel asegure que es un soplo la vida y que veinte años no son nada, estas dos décadas dejaron una huella imborrable en mí y las nieves del tiempo *claramente* platearon mi sien? Ahí voy, este es mi intento.

Juan dice que decidimos venir a Suiza en 2004 porque delante de nuestro departamento de Buenos Aires había un enorme cartel de una aseguradora que decía “la próxima vez, elija ZÚRICH” y que, después de la crisis de 2001 y del corralito, esa era una señal inequívoca. Yo sé que vinimos porque nací con doble nacionalidad suiza-argentina y estudié alemán desde que tengo uso de razón en un colegio bilingüe, porque los dos habíamos pasado con anterioridad temporadas en Europa que habíamos disfrutado y que, por lo tanto, era Suiza el mejor lugar para hacer pie y de ahí “ver”. Tal vez ahí, en su concepción, arrancaron las diferencias que trazaron la línea por donde se iba a abrir la grieta entre nosotros.

Después vinieron su mochila escueta y mi valija gigantesca que provocaron sus acusaciones fundadas (“pareciera que mi misión en la vida es arrastrar tus valijas”), el embarazo a los pocos días de llegados, que nos alegró, pese a sacarnos del camino de libertad imaginado, los porros fumados, la diferencia en la interpretación del trato suizo hacia nosotros (yo: “son amables”; él: “son cagones”) ... y la soledad. La soledad suya, la soledad mía. Esa soledad que tiñó de un susto tremendo la felicidad de ser padre y madre. Buscar casa, solos. Buscar trabajo, solos. Entender el sistema de la Krankenkasse, de las basuras, las obligaciones y los Termine, solos. Intentar una y otra vez amistades y fallar hasta en eso, solos.

Así llegaron las discusiones, los malentendidos, los gritos, los insultos, los reproches. Cada vez más fuertes, cada vez más frecuentes, cada vez más desesperanzados.

Una soledad que, sin embargo, al momento de tomar -ya derrotados los dos- la decisión, me liberó de juicios ajenos, de miradas familiares, de consejos más o menos bien intencionados. El aislamiento permitió que mis pasos siguientes fueran elegidos desde mi yo más profundo y sincero.

¿Nos hubiéramos separado en Argentina? Probablemente. Las diferencias culturales no eran sólo externas: eran, también, internas, de la pareja. No venimos del mismo barrio de la inmensa Buenos Aires. ¿El recorrido hacia el abismo hubiera sido otro? ¿Menos amargo, menos dramático? Con certeza. No hubiéramos caído tan bajo, no hubiéramos tocado tanto fondo, si hubiéramos tenido a la familia cerca, a los amigos de siempre, a nuestra red cotidiana. No nos habríamos sentido tan empantanados si hubiéramos ejercido nuestra profesión de periodistas, en vez de esos reiterados intentos ridículos, frustrantes, de trabajar en oficios como carpintero, camarera, *babysitter*, traductora, degustadora y una lista interminable que, por suerte, ya ni recuerdo. Si, en vez de vivir en un ambiente mínimo, buscando desesperados un departamento en Zürich, hubiéramos tenido nuestra casa con jardín, nuestras salidas al cine, a conciertos, al teatro. Acá, con un bebé, sin un entorno de contención social y emocional, ni un buen respaldo en el banco, nuestro universo quedó descartado. Desaparecido. Éramos otros, éramos ajenos.

Y, sin embargo, yo lo elegí. Elegí no volver “con la frente marchita”. Lo elijo. Me gusta mi vida en una ciudad chica, con distancias de bicicleta, donde el lago se transforma en playa cada verano, y el bus parece el Arca de Noé, con gente que habla en todos los idiomas de la tierra.

En esos años terribles no hubo tiempo de profundas reflexiones: se trataba de sobrevivir, de sacar adelante a mi hijito, de crear una vida lo más linda posible, lo más cercana posible a lo que soy. No fueron pocas las veces en que me pregunté, culposa, “¿qué hago yo acá, jugando a la proletaria, interpretando frente al mundo el rol de la madre soltera luchadora?”. El recuerdo de esos años es el de un ajeteo, de un movimiento esforzado constante. Lo cierto es que era dura, pero a mí me gustaba mi vida.

Fui creciendo junto con mi hijo y me fui parando en mis dos piernas cada vez más firmes y dejamos de odiarnos con Juan por el fracaso estrepitoso en el que habían terminado nuestros sueños conjuntos y empecé a dar cursos de todo tipo, a trabajar con refugiados e inmigrantes. Escuché infinidad de historias y me vi a mí misma cada vez más como puente, como intérprete entre las culturas. Y logré mudarme a una casa más cómoda. Y fueron y vinieron hombres, que me ilusionaron y me desilusionaron y vinieron y se quedaron amigas, que me acompañaron en el camino.

Mi hijo Agustín es hoy una persona sensible e inspiradora, que estudia y se mueve con soltura entre los idiomas y las culturas. Juan está con Nadja, tienen a Elisa y a Hugo. Pasamos juntos navidades, cumpleaños, domingos de paseos, y hasta vacaciones en el extranjero. Elisa y Hugo ocupan lugares que en mí están huérfanos, porque a mis sobrinos que viven en Argentina los veo sólo cada tanto.

Nadja es una verdadera amiga. Juntas sostenemos esta familia armada por necesidad primero y por elección sincera después. Es mi co-madre, mi compañera-hermana... Hace años que buscamos una palabra que defina la relación que nos une. ¿En alemán? ¿En



Found in Translation 2024

castellano? ¿En latín? No existe ese término aún, ya que el que nos une es un lazo moderno, inimaginable para generaciones pasadas, un vínculo nuevo.

El rumbo inesperado que tomó en su transcurso mi vida me sorprende hasta a mí a veces. Creo que el haber pasado estos años ausente de códigos conocidos que me determinarían, sin raíces, hizo que me desarrollara más libremente hasta ser hoy quien soy: un híbrido cultural original. Un particular *mix* producto del movimiento, del abrazar lo diferente. Un híbrido propio de un mundo en transformación.

^[1] Después de 20 años en Suiza cambió mi vocabulario cotidiano. Me lo imagino como un queso suizo: las palabras en alemán que “condimentan” mi hablar y pensar son los agujeros en la trama de mi castellano materno. Es por eso que dejo sin marca especial las palabras en alemán de mi texto.